

CAPÍTULO

1



El rey debe morir. Cuatro sencillas palabras. Una a una no eran muy especiales. Pero ¿juntas? Invocaban todo tipo de cosas malas: asesinato, traición, deslealtad.

Muerte.

En los momentos de tensión que siguieron al instante en que fueron pronunciadas, Rehvenge guardó silencio y dejó que el cuarteto flotara en el aire sofocante del estudio como los cuatro puntos de una brújula maligna y siniestra.

—¿Tienes algo que contestarme? —dijo Montrag, hijo de Rehm.

—No.

Montrag parpadeó y jugueteó con la corbata de seda que llevaba al cuello. Como la mayor parte de los miembros de la gylmera, tenía los dos pies enfundados en zapatillas de terciopelo pero sólidamente plantados en esa tierra yerma y seca en la que habitaban los de su clase. Lo cual significaba, sencilla y claramente, que era un pretencioso desde cualquier punto de vista. Vestido con su bata de terciopelo y sus perfectos pantalones de raya de tiza y... mierda, ¿acaso llevaba puestas unas polainas?... parecía salido directamente de las páginas de *Vanity Fair*... De un número de unos cien años antes. Y a juzgar por esa actitud de superioridad y sus brillantes ideas, en lo que se refería a la política era co-

mo un Kissinger sin presidente: todo análisis, pero nada de autoridad.

Lo cual explicaba esa reunión.

—No te detengas ahora —dijo Rehv—. Ya has saltado al vacío. Así que el aterrizaje no se va a volver más suave.

Montrag frunció el ceño.

—Me resulta imposible ver este asunto con la misma ligereza que tú.

—¿Y quién se está riendo?

Un golpecito en la puerta del estudio hizo que Montrag volviera la cabeza; tenía el perfil de un setter irlandés: todo nariz.

—Pase.

La doggen que respondió a la orden entró luchando con el peso del juego de té de plata que llevaba en las manos, elegantemente dispuesto sobre una bandeja de ébano del tamaño de una puerta. Encorvada sobre la bandeja, comenzó a atravesar la habitación.

Hasta que levantó la cabeza y vio a Rehv.

Enseguida se quedó paralizada como si fuera una estatua.

—Tomaremos el té aquí —dijo Montrag y señaló la mesita que estaba entre los dos sofás tapizados en seda sobre los que estaban sentados—. Aquí.

Pero la doggen no se movió, sólo se quedó mirando la cara de Rehv.

—¿Qué sucede? —preguntó Montrag, al tiempo que las tazas de té empezaban a temblar sobre la bandeja, produciendo un tintineo—. Pon el té aquí, ahora.

La doggen inclinó la cabeza, balbuceó algo y se acercó lentamente, poniendo un pie delante del otro, como si se estuviera acercando a una serpiente venenosa. Permaneció lo más alejada de Rehv que pudo, y después de colocar la bandeja sobre la mesa comenzó a poner las tazas sobre los platos con manos temblorosas.

Cuando tomó la tetera, era evidente que iba a derramar el líquido por todas partes.

—Déjeme hacerlo —dijo Rehv y estiró la mano.

Al hacer un movimiento brusco para apartarse de él, la doggen terminó soltando el asa de la tetera y ésta salió volando.

Por fortuna, Rehv logró atraparla en el aire, no sin que se derramara sobre sus manos una buena parte del líquido hirviente.

—¡Mira lo que has hecho! —dijo Montrag, al tiempo que saltaba del sofá.

La doggen se llevó las manos a la cara.

—Lo siento, amo. De verdad, estoy...

—Ah, cállate y tráenos un poco de hielo...

—No es culpa suya —dijo Rehv, mientras agarraba tranquilamente la tetera del asa y comenzaba a servir el té—. Estoy perfectamente bien.

Los dos se quedaron mirándolo, como si estuvieran esperando que empezara a saltar y sacudirse mientras gritaba ay-ay-ay.

Entonces Rehv dejó la tetera sobre la mesa y clavó la mirada en los pálidos ojos de Montrag.

—¿Un terrón de azúcar? ¿O dos?

—¿Puedo... puedo ofrecerte algo para la quemadura?

Rehv sonrió y le mostró fugazmente los colmillos a su anfitrión.

—Estoy perfectamente bien.

Montrag parecía sentirse ofendido al no poder hacer nada y volcó su insatisfacción sobre la criada.

—Eres un absoluto desastre. Déjanos solos.

Rehv miró a la doggen de reajo. Para él, las emociones de la mujer eran como una estructura tridimensional de miedo, vergüenza y pánico, una malla que la rodeaba por todos lados, tan sólida como sus huesos, sus músculos y su piel.

«Tranquila», le dijo Rehv mentalmente. «Y puedes estar segura de que arreglaré este asunto».

De repente, una expresión de sorpresa cruzó por la cara de la doggen, pero la tensión abandonó sus hombros, y cuando se dio la vuelta para marcharse parecía mucho más tranquila.

Después de que salió, Montrag se aclaró la garganta y volvió a recostarse sobre el respaldo del sofá.

—No creo que dure mucho tiempo en esta casa. Es absolutamente incompetente.

—¿Por qué no empezamos con un terrón de azúcar? —dijo Rehv y dejó caer un terrón de azúcar entre el té—. Pruébalo y ya me dirás si quieres otro.

Entonces le tendió la taza, pero sin acercársela mucho, de modo que Montrag tuvo que levantarse otra vez del sofá e inclinarse sobre la mesa.

—Gracias.

Rehv retuvo la taza, mientras introducía en la mente de su anfitrión un cambio de parecer.

—Yo pongo nerviosas a las hembras. No ha sido culpa suya.

Luego soltó repentinamente la taza y Montrag casi suelta el precioso juego Royal Doulton.

—Cuidado. No vayas a derramar el té —dijo Rehv, mientras se recostaba contra el respaldo del sofá—. Sería una lástima manchar esta hermosa alfombra. Aubusson, ¿no?

—Ah... sí. —Montrag se volvió a sentar y frunció el ceño, como si no entendiera por qué había cambiado de opinión con respecto a la criada—. Eh... sí, así es. Mi padre la compró hace muchos años. Papá tenía un gusto exquisito, ¿verdad? Construimos esta habitación para la alfombra, pues es muy grande, y el color de las paredes fue elegido específicamente para resaltar los tonos melocotón.

Montrag miró alrededor del estudio y sonrió para sí mismo, mientras le daba sorbos a su té, con el dedo meñique levantado, como si fuera una bandera.

—¿Cómo está tu té?

—Perfecto, pero ¿tú no vas a tomar?

—No tomo té. —Rehv esperó hasta que su interlocutor tuvo el borde de la taza contra los labios—. Entonces, ¿estabas hablando de asesinar a Wrath?

Montrag se atragantó con el té y una lluvia de gotas de Earl Grey terminó manchando la parte delantera de su bata rojo sangre y la alfombra color melocotón de papi.

Mientras su anfitrión luchaba con las manchas con una mano frágil, Rehv le ofreció una servilleta.

—Toma, usa esto.

Montrag tomó el cuadrado de damasco y primero se secó con torpeza el pecho y luego limpió la alfombra, sin que ninguna de las dos acciones produjera un resultado significativo. Era evidente que se trataba de la clase de hombres que viven haciendo desastres, pero nunca los limpian.

—Decías... —murmuró Rehv.

Montrag arrojó la servilleta sobre la bandeja y se levantó, dejando el té sobre la mesa, mientras comenzaba a pasarse. Se

detuvo frente a una pintura que representaba un paisaje dominado por una montaña inmensa y pareció admirar la escena dramática en la que aparecía un soldado de la época de la colonia, que rezaba con los ojos elevados al Cielo.

Entonces le habló a la pintura:

—Sabes muy bien que muchos de nuestros hermanos de sangre han sido asesinados en los ataques de los restrictores.

—Y pensar que yo creí que me habían nombrado leahdyre del Consejo gracias a mi arrolladora personalidad.

Montrag miró con odio por encima del hombro, con la barbilla inclinada hacia arriba, en un gesto clásico de la aristocracia.

—Perdí a mi padre y a mi madre y a todos mis primos hermanos. Los enterré a todos. ¿Acaso crees que eso es agradable?

—Mis disculpas. —Rehv se llevó la palma de la mano derecha al corazón e inclinó la cabeza, aunque le importaba un bledo. No se iba a dejar manipular por la enumeración de toda la gente que había perdido ese tipo. En especial cuando sabía que las emociones de su anfitrión giraban únicamente alrededor de la codicia y no del dolor.

Montrag le dio la espalda al cuadro, de manera que su cabeza reemplazó a la montaña sobre la que estaba el soldado... y ahora parecía que el hombrecillo del uniforme rojo estuviera tratando de escalar su oreja.

—La glymera ha sufrido un número de pérdidas inaudito a causa de los ataques. Y no sólo de vidas, sino también de propiedades. Casas saqueadas, antigüedades y obras de arte robadas, cuentas bancarias que desaparecen. Y ¿qué ha hecho Wrath? Nada. No ha dado ninguna respuesta a las repetidas solicitudes para que explique cómo encontraron las residencias de esas familias... por qué la Hermandad no impidió los ataques... adónde fueron a parar todos esos objetos de valor. No hay ningún plan para asegurarnos de que eso nunca vuelva a suceder. Ninguna garantía de que, si los pocos miembros de la aristocracia que quedan deciden regresar algún día a Caldwell, todos estén debidamente protegidos. —Montrag realmente parecía entusiasmado con su discurso y su voz subía y rebotaba contra la corona de yeso que adornaba el cielo raso con adornos dorados—. Nuestra raza está agonizando y necesitamos un liderazgo de verdad. Por ley, sin embargo,

mientras el corazón de Wrath siga latiendo en su pecho, él será el rey. ¿Acaso la vida de uno solo es más importante que la vida de muchos? Busca la respuesta en tu corazón.

Ah, eso era exactamente lo que Rehv estaba haciendo, claro, observando ese músculo negro y perverso.

—¿Y luego qué?

—Tomamos el control y hacemos lo correcto. Durante su mandato, Wrath ha reestructurado cosas... Mira lo que han hecho con las Elegidas. Ahora se les permite buscar pareja en este lado... ¡Inaudito! Y ha sido abolida la esclavitud, así como la tradición de la seclusion para las hembras. Querida Virgen Escribana, lo próximo que veremos será a alguien que lleve faldas en la Hermandad. Nosotros podemos rectificar lo que él ha hecho y reformar las leyes de manera apropiada para preservar las viejas tradiciones. Podemos organizar una nueva ofensiva contra la Sociedad Restrictiva. Podemos triunfar.

—Estás hablando siempre de *nosotros*, pero la verdad es que no creo que sea eso exactamente lo que estás pensando. No creo que quieras que esos jefes seamos *nosotros*.

—Bueno, desde luego, siempre se necesita que haya un individuo que esté por encima de sus iguales. —Montrag se alisó las solapas de la bata y levantó la cabeza como si estuviera posando para una estatua de bronce o, tal vez, un billete de dólar—. Un elegido que sea digno y esté a la altura.

—¿Y de qué manera se va a elegir a ese dechado de virtudes?

—Vamos a evolucionar hacia la democracia. Una democracia largamente esperada, que reemplazará al sistema injusto, basado en las desigualdades, de la monarquía...

Mientras su anfitrión pronunciaba ese absurdo discurso, Rehv se recostó en el sofá, cruzó las piernas a la altura de los tobillos y levantó las manos a la altura del pecho, uniendo las yemas de los dedos. Mientras reposaba en el mullido sofá de Montrag, las dos partes de él, una mitad vampiro y la otra symphath, libraban una batalla.

Lo único bueno era que el griterío interno de su mente ahogaba el sonido de aquel aburrido discurso nasal de yo-lo-sé-todo.

La oportunidad era evidente: deshacerse del rey y tomar el control de la raza.

La oportunidad era impensable: matar a un macho digno y valeroso, a un buen líder y... a una especie de amigo.

—... y elegiremos a la persona que nos lidere. Y que le rinda cuentas al Consejo. Nos aseguraremos de que nuestras preocupaciones sean atendidas. —Montrag regresó al sofá, se sentó de nuevo y se acomodó, como si pudiera seguir discutiendo acerca del futuro durante horas enteras—. La monarquía no está funcionando y la democracia es la única manera...

Pero Rehv lo interrumpió:

—Por lo general, la democracia significa que todo el mundo tiene derecho a votar. Por si acaso no estás familiarizado con la definición.

—Y así sería. Todos los miembros del Consejo formaríamos parte del comité electoral. Todo el mundo tendría derecho a votar.

—Para tu información, la expresión «todo el mundo» comprende a mucha más gente más allá de «todos los que son como nosotros».

Montrag lo miró con cara de pocos amigos.

—¿De verdad le confiarías el futuro de la raza a las clases bajas?

—No depende de mí.

—Podría ser. —Montrag se llevó la taza de té a la boca y miró a Rehv por encima del borde de la taza con ojos penetrantes—. Claro que podría ser. Tú eres nuestro leahdyre.

Mientras observaba a su anfitrión, Rehv vio el camino con tanta claridad como si fuera una carretera pavimentada e iluminada con reflectores: si Wrath era asesinado, su linaje real terminaría allí, pues todavía no había tenido hijos. Las sociedades, en particular las que están en guerra, como ocurría con los vampiros, aborrecían los vacíos de poder, así que un cambio radical de la monarquía a la «democracia» no sería tan impensable como podría haberlo sido en otras épocas, más respetuosas con la tradición.

La glymera podía estar fuera de Caldwell, escondida en sus casas de seguridad a lo largo de toda Nueva Inglaterra, pero esa manada de sinvergüenzas y afeminados tenían dinero e influencia, y siempre habían querido ejercer el poder. Con este plan, podían disfrazar sus ambiciones bajo la apariencia de una democracia y hacer como si estuvieran preocupándose por el pueblo.

La naturaleza perversa de Rehv se sacudió, como un criminal encarcelado que está impaciente por obtener la libertad bajo palabra: las intrigas de poder y las maniobras siniestras eran una compulsión natural de los miembros de la raza de su padre y parte de él quería ceder a la tentación... y aprovecharse de las circunstancias.

Así que interrumpió la cháchara presuntuosa de Montrag:

—Ahórrame la propaganda. ¿Qué es exactamente lo que estás sugiriendo?

El hombre puso la taza de té sobre la mesa con estudiado cuidado, como si quisiera dar la impresión de que estaba pensando muy bien sus palabras. Mentiras. Rehv estaba seguro de que su anfitrión sabía perfectamente lo que iba a decir. Una propuesta así no se la saca uno de la manga como por arte de magia, requiere elaboración; además, debía de haber más gente involucrada. Tenía que haber más gente involucrada.

—Como bien sabes, el Consejo debe reunirse dentro de un par de días en Caldwell, donde tendremos una audiencia con el rey. Wrath llegará y... ocurrirá un accidente fatal.

—Él siempre anda con la Hermandad. Y esos tipos no son exactamente fáciles de dominar.

—La muerte utiliza muchas máscaras. Y puede presentarse en muchos escenarios distintos.

—¿Y cuál es mi cometido? —preguntó Rehv, aunque ya lo sabía.

Los ojos pálidos de Montrag parecían hechos de hielo, luminosos y fríos.

—Yo sé qué clase de macho eres. Así que sé exactamente de lo que eres capaz.

Eso no era ninguna sorpresa. Rehv llevaba veinticinco años dominando el comercio de drogas de la ciudad, y aunque no había publicitado su oficio entre la aristocracia, muchos vampiros asistían regularmente a sus clubes y varios de ellos eran clientes de sus productos químicos.

Los únicos que sabían de su naturaleza symphath eran los hermanos y, la verdad, de haber tenido opción, también les habría ocultado ese detalle. Llevaba dos décadas pagando un costoso chantaje para asegurarse de que su secreto no se supiera.

—Ésa es la razón por la que acudo a ti —dijo Montrag—. Tú sabrás cómo encargarte de esta tarea.

—Cierto.

—Como leahdyre del Consejo, quedarías en una posición de gran poder. Y aunque no salgas elegido presidente, el Consejo no va a ir a ninguna parte. Y déjame tranquilizarte acerca del futuro de la Hermandad de la Daga Negra. Sé que tu hermana está emparejada con uno de ellos. Los hermanos no se verán afectados por esto.

—¿No crees que esto los pondrá furiosos? Wrath no sólo es su rey. Es su hermano de sangre.

—Su obligación principal es proteger a la raza. Ellos tienen que ir a donde nosotros vayamos. Y debes saber que hay muchas personas que sienten que su trabajo ha dejado mucho que desear últimamente. No soy yo el único que opina que tal vez necesitan mejor dirección.

—La tuya. Claro. Por supuesto.

Eso sería como poner a un decorador de interiores a dirigir una compañía de marines: la cosa sería un auténtico fracaso. El plan era perfecto. Sí.

Y, sin embargo... ¿dónde estaba escrito que Montrag tenía que ser el elegido? Si a los reyes les podían ocurrir accidentes... también a los aristócratas.

—Debo decirte —continuó Montrag— lo mismo que siempre me decía mi padre: la clave está en hacer las cosas en el momento oportuno. Necesitamos proceder con rapidez. ¿Podemos confiar en ti, amigo mío?

Rehv se puso de pie y su cuerpo inmenso se cernió sobre su anfitrión. Después de estirarse los puños de su chaqueta, se arregló su traje de Tom Ford y empuñó su bastón. No sentía ni el cuerpo, ni la ropa que llevaba encima, ni el peso que pasaba del trasero a las plantas de sus pies, ni el mango del bastón contra la palma de la mano que se había quemado. Ese adormecimiento de las sensaciones era el efecto secundario de la droga que utilizaba para ocultar su lado perverso y evitar que se manifestara cuando estaba en compañía de otras razas, la prisión en la que encerraba sus impulsos de sociópata.

Sin embargo, lo único que necesitaba para que sus instintos salieran a flote era saltarse una dosis. Una hora después, la maldad

que habitaba en él se apoderaba de su cuerpo y estaba lista para entrar en acción.

—¿Qué dices? —insistió Montrag.

Vaya pregunta.

Hay momentos en la vida en los que, en medio del millón de decisiones prosaicas que tomamos diariamente, como qué comer o dónde dormir o cómo vestirse, aparece una verdadera encrucijada. En esos momentos, cuando la niebla de la irrelevancia relativa desaparece y el destino nos exige una decisión, sólo se puede ir a la derecha o a la izquierda, no es posible pasar agachado por debajo de los árboles, ni negociar con la disyuntiva que se nos presenta.

Hay que hacerle frente a la situación y tomar una decisión. Y no hay marcha atrás.

Rehv había tenido que aprender por sí mismo a sortear dilemas morales para encajar dentro de la sociedad de los vampiros. Mal que bien, había logrado salir airoso de las situaciones difíciles... Sí, había aprendido muchas cosas, pero aún había ocasiones en que no sabía qué hacer, ni cómo controlar su lado oscuro.

Y las drogas sólo funcionaban provisionalmente.

De repente, la cara pálida de Montrag adquirió un extraño color rosa, su pelo oscuro se volvió magenta y su bata se tiñó del color de la salsa de tomate. Mientras que todo lo que veía se cubría de rojo, el campo visual de Rehv se aplanó como si fuera una pantalla de cine a través de la cual veía el mundo.

Lo cual, tal vez, explicaba por qué a los symphaths les resultaba tan fácil usar a la gente. Cuando su lado perverso tomaba el control, el universo adquiría la profundidad de un tablero de ajedrez y la gente que había en él se convertía tan sólo en peones al servicio de su mano omnipotente. Cada persona. Enemigos... y amigos.

—Me encargaré del asunto —anunció Rehv—. Como tú has dicho, sé qué hacer.

—Acepta tu palabra. —Montrag le tendió una mano delicada—. Tu palabra de que esto se llevará a cabo de manera discreta y silenciosa.

Rehv dejó a su anfitrión con la mano en el aire, pero sonrió y volvió a mostrar los colmillos.

—Confía en mí.